LAS ONDAS DE AYACUCHO

POR

CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

Don Baldomero Fernández Espartero marchó a América con la última expedición enviada en auxilio de quienes llevaban, prácticamente, el largo período de nuestra Guerra de Independencia (1808-1815), defendiendo, en Colombia y en la Venezuela actuales, la autoridad de un rey que estaba preso en Valençay (1).

España, sin monarca, sin recursos, sin libertad de acción siquiera, era dueña de una región enorme en que aún había más «realistas» que sublevados o «independientes». Los virreyes sucesivos defendían la autoridad de Fernando VII con soldados peruanos y con dinero, que en gran parte proporcionaba América. Pero la siuación en curso no era prolongable. Había que reaccionar aprisa; demostrar que, derrotado Napoleón, vaciada España de invasores, el rey se hallaba en condiciones de restablecer su propio prestigio con sólo fuerzas españolas. Y, en efecto, tras siete años de guerra interna, salió de Cádiz una expedición armada de importancia suficiente para encauzar en buena forma el gran problema de la Tierra Firme. Se componía esta expedición de unos 6.000 hombres, que iban a bordo de 48 naves de transporte. La mandaba don Pablo Morillo (futuro conde de Cartagena), y en ella se encontraba un subteniente de ingenieros, que servía en el regimiento de infantería de Extremadura, y cuyo nombre y apellidos son los consignados en cabeza de este breve trabajo.

Espartero, como otros de su tiempo, era «gilito». Quiere esto decir que había logrado su empleo en la Academia Militar de la Isla de León (2); creada esa Academia por el prestigioso teniente coronel de artillería don Mariano Gil de Bernabé, que falleció en 1813, cuando aún estaba al frente de ella. Espartero tenía entonces veintidós años de edad. Había nacido en febrero o en octubre de 1793 (3); y no se

(1) Espartero, hijo de Antonio Manuel Fernández Espartero y de Josefa Alvarez, debió llamarse Joaquín Baldomero Fernández Alvarez. Adoptó, no obstante, el nombre y apellidos de Baldomero Fernández Espartero (o, abreviadamente, Baldomero Espartero), y reservó los de Joaquín Fernández para los momentos de más riesgo. Camufló, cuando hizo falta, la propia presencia, con sus verdaderos nombre y apellidos.

(2) El día 1 de mayo de 1812.

(3) En octubre, según los documentos oficiales; pero en febrero, según cierta minuta del 2 de dicho mes de 1871, en la que Espartero da las gracias al ministro

crea que él iniciaba un poco tarde una subida que había de culminar en la «regencia» y en el «ducado de la Victoria», porque en San Fernando estaba, a la sazón, con las tropas de Alburquerque, después de haber intervenido en la batalla de Ocaña (4) y en la parte más importante de las operaciones realizadas en la zona de Tortosa. Y en San Fernando estuvo, nuestro joven subteniente, hasta el 1 de febrero de 1815, fecha en que embarcó, con su inmediato jefe y sus propios soldados, en la fragata Carlota, que zarpó de Cádiz poco después.

La flota llegó a las cercanías de Cumaná cuando empezaba el mes de abril. Una parte de ella se acercó a la isla de Santa Margarita, en la que tomó tierra el contingente necesario para aprisionar a los dirigentes de la que para España era una insurrección venezolana, que no lograron huir a tiempo con sus flecheros excelentes. Pero en tanto que se desarrollaba en Tierra Firme la campaña de Morillo, mediada en Caracas, concluida en Cartagena, el regimiento de Extremadura —en el que Espartero se encontraba— fue destinado, con la división Chacón, a reforzar las fuerzas españolas del Perú.

De cómo se efectuó la marcha, poco dice la Historia. Las guerras antiguas —las de hace más de un siglo— se hacían a pie continuamente; y si los viejos nos damos cierta cuenta de por qué se andaba tanto en ese tiempo, nada sabemos —y menos saben los soldados de ahora— de cómo tales marchas se soportaban. La travesía de los Alpes por Aníbal, por Napoleón I...; la de los Andes, por San Martín, etc., se estudian —se mencionan cuando menos— en todos los cursos de estrategia o de arte militar antiguo; mas pocas veces se habla de las marchas destinadas a cubrir distancias continentales, en que las jornadas se seguían con aterradora monotonía, en que los almacenes no existían y en que la gente se cansaba o se enfermaba sin que a veces se tuvieran los medios precisos para cuidarla en debida forma. Con extraordinario simplicismo se habla de cómo Gengis-Kan cruzó en un año el desierto de Gobi y media China, de cómo las tropas de Bonaparte que operaban cerca de Rusia fueron enviadas a Madrid con mucha urgencia, de cómo los llamados «Cien mil hijos de San Luis» atravesaron toda España combatiendo, etc.; mas no se piensa en cómo era posible realizar esas jornadas, una tras otra, sin reposo, sin zapatos suficientes o sin trenes de equipajes con frecuencia. Y esto digo recordando ese famoso Regimiento en que Espartero era teniente, enviado, de pronto, de Caracas a Arequipa; aunque olvidando casi que eso era el pan de cada día. A partir de la Conquista y hasta conseguir la independencia, las marchas fueron continuas. Las distancias no alarmaban,

---

de la Guerra (sin duda el general Serrano), por *la felicitación que se había dignado dirigirle en el aniversario de su natalicio.*

(4) El día 11 de noviembre de 1809.

las cordilleras, menos..., porque el tiempo sobraba. Dase incluso el caso muy curioso de que precisamente cuando los caminos mejoraron y las postas se organizaron, se sintió la conveniencia de dividir las grandes naciones o los virreinos en territorios o en audiencias de menor cuantía. Las capitanías de Sudamérica nacieron porque el hombre empezó a sentirse avaro de su tiempo. Las ansias comenzaron cuando se pudo ir más de prisa. Las velocidades angustiaron, y las Repúblicas se percataron de que les convenía ser más pequeñas que las antiguas zonas coloniales.

Estas son conjeturas que derivan de la acción civilizadora sobre la «geografía política». Forman parte de la «geobélica». Son como historia de una rama inexplorada de la «geopolítica», o de una técnica nacida de las nuevas «transmisiones». No se hacían aquellas conjeturas cuando Espartero caminaba entre volcanes, encajonado en su división, hacia la comarca que se iba a convertir, dentro de poco, en centro principal de nuestras trágicas operaciones. Las distancias no preocupaban, porque lo lejano no existía en la mente de los que andaban, paso a paso, milla a milla, hacia lo ignoto. A los que rebasaban cada sierra, para internarse en otra más quebrada, no les llegaban otras ondas que las del habitante de la zona que cruzaban. Tan sólo las batallas motivaban comentarios: las batallas próximas, por cierto, pues las lejanas, de momento, parecían de otro mundo.

Cuando Bolívar celebró su gran coloquio con Morillo (5), las repercusiones fueron mínimas. Las ondas de Santa Ana fueron atropelladas por las de Carabobo (6), y por las de Pichincha (7) y Guayaquil (8). Los hechos acaecidos en la gran Colombia llegaban al Perú tergiversados. La propia barrera de montaña que dificultaba los enlaces, actuaba contra las voces, los requerimientos, las quejas del vencido. La lucha, de este modo, se intensificaba. No había burladeros en la plaza, ni público siquiera. Se trataba de una guerra a muerte entre unos realistas e independientes que eran a veces lo contrario de lo que ellos se decían. Nadie lograba comprenderse; las ondas no tenían sentido. Una España bien mandada, sin invasor de fuera y con un monarca digno, hubiera hallado más ayuda, más simpatía. La Tierra Firme estaba, simultáneamente, atraída y repelida por el Este. Cariño a la Patria, mas nada de imitarla. Ningún americano pretendía una monarquía independiente. Un imperio, menos. Tanto San Martín como Bolívar se vieron obligados a ocultar su ambición interna. Se enfrentaron, sin descubrirse. El primero quiso someter a Quito antes de que

(5) El día 27 de noviembre de 1820.
(6) El día 29 de junio de 1821.
(7) El día 25 de mayo de 1822.
(8) El día 11 de julio de 1822.

Bolívar lo tomara, y éste llegó a la ciudad de Lima a pesar de la anterior presencia de San Martín en el Perú. Los peruanos querían a nuestro rey porque era «Rey de España», sin conocerlo ni estar al tanto de sus defectos. Muchos llegaron al extremo de alistarse a gusto en los momentos de peligro en el ejército del último virrey, don José de la Serna, y de continuar con él hasta la fecha en que el libertador se aproximó con gentes de Venezuela, de Quito y de Nueva Granada, emancipadas ya de España, o en que O'Higgins confirmaba la independencia de los chilenos. Otros siguieron hasta el trágico final.

En este ambiente, no pocos españoles defendieron el Perú. Espartero, entre ellos, llevaba ya seis años combatiendo. Había mandado una compañía de zapadores y, luego, un batallón de infantería. Había desempeñado misiones muy diversas y recorrido toda la provincia. Su hoja de servicios estaba llena de hechos gloriosos. En 1819 manda una columna, con la que limpia de enemigos la intrincada zona de Cochabamba y de la Paz (Alto Perú). En Torata, algo más tarde (9), estando al frente de la vanguardia, dio una carga muy impetuosa que lo llevó a batirse personalmente con el jefe del contrario, al cual dio una estocada en pleno pecho, decidiendo de este modo el resultado de la batalla. Después, se mostró valiente en Moquehúa (10), que fue el último encuentro en que salimos victoriosos.

Con tan brillantes hechos, la carrera del ya coronel don Baldomero Espartero aceleraba intensamente. Pero los ascensos que él obtuvo, aun siendo merecidos, dieron lugar a algún disgusto entre los muchos que confiaban en lograr un resultado semejante; y así, hallándose en Oruro, se enfrentó, de pronto, con cierta conjura, en que el barón de Nordenflicht desempeñó un papel interesante. Con sangre fría, en plena fiesta, increpó a sus adversarios. Les hizo saber lo descubierto por él mismo; y, con la ayuda de unos cuantos decididos a dar por él la cara, logró imponer justicia por su mano, si justicia ha de llamarse al castigo de lo injusto, y si «su mano» pudo estar representada por las armas de sus más inmediatos seguidores. Nada grave le pasó, porque las autoridades de la villa de Oruro, participando en la conjura, le habían dado un carácter político antirrealista y aun antiespañol.

Por entonces —algo antes o después— se produjo la huida del mariscal de campo, Pedro Antonio de Olañeta. No es fácil explicar debidamente lo ocurrido. Unos lo juzgan bien y otros muy mal. El empezó, según parece, haciendo contrabando. Se alistó en el ejército realista y subió de prisa a «mariscal de campo». Era valiente. Se batía muy bien; pero algo había en su historia o en su carácter que no estaba

(9) El día 19 de enero de 1823.
(10) El día 21 de igual mes y año.

claro. Sus ideas parecían incompatibles con un comportamiento poco digno de su empleo. A fines del año 1823, cubría la zona de La Paz, de Oruro y de Cochabamba; pero al conocer la orientación política de España abandonó su frente y marchó hacia Potosí. Entró en la población el día 4 de enero de 1824. Lanzó una proclama a los altoperuanos que no dejó lugar a dudas. Su religiosidad y su amor al rey fueron los móviles de su discurso. Palabras emocionantes; pero a pesar de ellas, el servicio que prestó a la Independencia, al separarse de La Serna, de Canterac y de Valdés, fue decisivo.

Espartero, jefe de Estado Mayor de un territorio que se extendía hasta ese mismo Potosí, impartió una proclama inversa el día 5 de febrero. Quiso evidenciar el grave error de Olañeta, poniendo de relieve que el verdadero defensor del rey de España y de la religión era el virrey La Serna. Por esta causa o por razones diferentes, en tanto que Lima, casi vaciada de españoles y de españolizantes, sufría los desafueros resultantes de la presencia de Bolívar y de una orientación diversa entre Riva Agüero y Torre Tagle, Espartero, siempre bajo Canterac, pasó al Desaguadero. Su marcha fue impetuosa, y el enemigo desapareció de las inmediaciones. Luego fue destacado por La Serna a fin de entrevistarse con Las Heras, que desde Buenos Aires llegaba en busca de un acuerdo razonable con los que aún disponían de lo preciso para mantener en auge el pabellón de España. La entrevista, que se produjo en Salta, dio que hablar más de la cuenta, porque eran muchos los peruanos españoles o españoles del Perú que no estaban conformes con la orientación que se tomaba. El asunto era difícil, porque en España la política se anteponía a los intereses nacionales: la mayoría pensaba que Ultramar tenía bastante con sus medios, sin otra ayuda, sin más fragatas, sin oficialidad de nuevo cuño y con soldados indios o criollos. La negociación fue laboriosa. Espartero se redujo a lo posible, o mejor dicho, a lo pre-establecido. No había otra solución; pero La Serna temió que el resultado originara una impresión desagradable en la Península.

La situación llegó a ser tan comprometida que el propio La Serna decidió que un emisario hiciera un viaje a España a fin de recabar las instrucciones necesarias. El ejército, en efecto, estaba entre la espada y la pared. Del Norte y del Noroeste, Bolívar recibía refuerzos y dinero. Al Sureste y al Mediodía, argentinos y chilenos eran ya independientes. La fuerza hispánica no estaba acorralada, porque a pesar de todo se hallaba en condiciones de reaccionar en forma debida; mas nadie comprendía de qué modo, sin dinero, sin ayuda externa, con pocos soldados españoles, y éstos, descorazonados, y temerosos los peruanos que servían a España de su suerte futura, podría aquella

fuerza mantenerse a flote en tan precaria situación. Los peruanos mencionados se iban convenciendo de que para ellos no quedaba más camino que el de perderse en la montaña para siempre. Desertaban diariamente, y de resultas, los españoles —jefes y oficiales en gran parte— se quedaban sin soldados, sin unidades y hasta sin municiones y armamento.

Ni un instante dudó La Serna, y para tan arduo cometido, Espartero fue nombrado. La orden quedó firmada el 24 de mayo de 1824. Empezaba con las palabras justas: *Como desde el 29 de enero de 1821, en que me vi precisado a encargarme de este mando, no he tenido contestación alguna a las continuas cartas oficiales que vengo dirigiendo a ese gobierno...* Y bien sabía el ilustre remitente que esos «más de tres años» podían llegar a prolongarse eternamente. El gobierno —los gobiernos sucesivos, los españoles peninsulares inclusive— sólo se ocupaba de constituciones, de enfrentarse a ellas o de apartar a quienes no acataban las ideas de cada fecha o de cada situación política, y en estas condiciones, los días perdidos se convertían en meses interpuestos entre la angustia y el remedio. La catástrofe se vislumbraba.

Espartero embarcó en la ciudad de Quilca el día 5 de junio y llegó a Cádiz el 28 de septiembre. Se fue con instrucciones para sus entrevistas en la Corte. Se fue, no obstante, sin saber que pronto perderíamos, casi sin batirnos, el encuentro de Junín, ni que al poco tiempo Sucre ganaría sin esforzarse la batalla de Ayacucho. Espartero se marchó con la esperanza de regresar a tiempo para no perder la guerra, ni el Perú; y razón tenía, no por la situación política ni bélica, sino porque esta situación no habría sufrido una caída vertical de estar presente el mariscal de campo don Baldomero Fernández Espartero.

La onda, en este caso, cruzó el Atlántico con él. De su impacto, poco se sabe. Tan sólo puede asegurarse que dicho impacto estaba destinado a salvar las fuerzas de La Serna o a prolongar intensamente su agonía.

☆

Después de Junín (6 de agosto), Bolívar no persiguió a las fuerzas vencidas. Temía —nos dice Salvador de Madariaga— que sus infantes desertaran, pues —conforme con O'Connor— insiste en que *eran más realistas que los mismos españoles* (11). Realistas eran, en efecto, muchos peruanos que luchaban junto a Sucre. Su tranquilidad era absoluta, pues no estaban en peligro; pero los peruanos que integraban la infantería de Canterac, no vencida por Bolívar, ya que los jinetes

(11) S. DE M.: *Bolívar* (II, 288).

resolvieron por sí solos el encuentro de Junín, se hallaban en bien otra situación. La derrota decisiva, caso de producirse, los iba a poner en el dilema —ya mencionado— de encajar la represalia o de perderse en plenos Andes.

Bolívar comprendía la posición de Canterac. Este, en cambio, se daba escasa cuenta de la contraria. Las ondas que el español no tuvo medio de leer quedaron sin efecto. No grabaron. Sólo al cabo de los años se han captado algo mejor, sin más antenas que las utilizadas tiempo atrás, cuando Junín perdida, la batalla de Ayacucho se anteproyectaba sobre un horizonte ennegrecido. Se puso en claro entonces que la situación política del Libertador no correspondía íntegramente a su victoria. Había bastante españolismo en el Perú, y sobre españolismo, había una guarnición hispana en el Callao (que mandaba el célebre Rodil), había unas cuantas naves españolas y existía la posibilidad de que las órdenes llegadas de la Península sobre prestación de juramento en contra o a favor de la Constitución o del absolutismo naufragaran en la laguna que podía enlazar a todos en el momento culminante. De otra parte, ni La Serna (virrey de España), ni Canterac (que estaba al frente del ejército) se daban cuenta de que la ayuda gran-colombiana iba disminuyendo por razón de la firmeza del personaje ilustre que frenaba el ansia imperialista de Bolívar: Francisco de Paula Santander.

La Serna —hecho cargo del conjunto— salió de Cuzco el 22 de octubre, con Canterac (nombrado segundo jefe y jefe de Estado Mayor) y las divisiones de Valdés, de Villalobos y Monet. Pasó el Apurimac el 25, pero Sucre no lo supo hasta el día 2 de noviembre. El 19 entró en Huamanga. El 1 de diciembre tomó contacto con las vanguardias enemigas. Hubo un par de escaramuzas ventajosas para el general La Serna. El 3, Sucre se internó en el gran desfiladero de Corpaguaico, en el que fue bastante hostilizado por Valdés. Ambos núcleos, finalmente, desplegaron sobre el rellano de Ayacucho, que tenía un kilómetro de fondo y 800 metros de anchura. Los «realistas», a un flanco del Condorcunca, con banderines y estandartes muy variados: Valdés a la derecha, Monet en medio y Villalobos a la izquierda. Del otro lado: Córdoba, frente a Villalobos; La Mar, delante de Valdés, y Larios, en segunda línea. El 9, de madrugada, algunos jefes se entrevistaron. Madariaga admite la posibilidad de que se concertara un acuerdo previo (12). Sus razones son de peso; pero las narraciones de Millet y Camba, testigos presenciales, que no hablan de ese acuerdo ni de entrevista alguna, parecen muy sinceras y verídicas. Para ambos adversarios, la batalla resultaba indispensable. La posición de Sucre no era

(12) S. DE M.: *Bolívar* (II, 300).

firme, y los realistas no tenían abastos para conservar la suya. Pero el combate comenzó sin que estos últimos lograran instalar en batería las pocas piezas que tenían, ni concentrar sus escuadrones —siempre eficaces— que aún bajaban de la Sierra torpemente. A pesar de los proyectos, el desorden fue imponente. La arrancada, impuesta por La Serna, se convirtió pronto en revuelta, o en una *mêlée* inextricable. El virrey fue herido y hecho prisionero. Canterac tomó la dirección. El desorden aumentó, mas pronto el fuego se redujo. Y, sin resolver estaba la batalla, cuando Sucre destacó a un parlamentario ofreciendo condiciones excelentes para la rendición.

El vencedor fue Antonio José Sucre; pero Bolívar, «presidente», dirigía la guerra. Sucre ganó un encuentro que su enemigo no tuvo más remedio que aceptar a causa del terreno; pero Bolívar, «libertador», obtuvo una victoria estratégica y la independencia del Perú.

Este esquema —histórico o inseguro— se ha completado poco a poco. Es curioso que subsistan, casi imperceptibles, las ondas de Ayacucho. Mas desde 1824 no han cesado de llegar por medios diferentes y en épocas distintas. Ondas atenuadas por el tiempo o reforzadas por la ciencia; ondas que se tropiezan con amplificadores semiocultos, cuyo efecto es decisivo. No hace más de siglo y medio que tales ondas se movían con los hombres. Cruzaban mares imponentes, y a veces naufragaban. Lo que ahora a veces lleva el nombre de «cadena», ya existía en la época citada. Partía del hecho o de la voz de quien lo había presenciado; se alojaba en la memoria, y en la nave, y se congelaba para el viaje o para siempre. Después, tomaba tierra, y cumplida su misión, iba al estante de un archivo hasta la fecha en que un historiador lo descubría y lograba, con lo hallado, formar el último eslabón de esa cadena.

La batalla de Ayacucho, unos la vieron en «directo» y otros la leyeron «retransmitida». El tiempo indujo a faltas y a defectos, frecuentemente graves. Es lógico. Los eslabones eran toscos y las memorias frágiles. Algo, no obstante, es bien seguro. Lo principal subsiste. La Serna fue hecho prisionero. Estaba ya en poder de Sucre cuando la batalla vio su fin. Ocurre así que Canterac es el que capitula, y no el virrey que estaba al frente de las fuerzas. Y Canterac, en su capitulación escrita, dice concretamente que *el territorio guarnecido por las tropas españolas, hasta el Desaguadero, será entregado a los «libertadores», con sus parques, sus maestranzas y los almacenes militares existentes* (13).

La rendición tuvo un carácter absoluto. El parte del general Anto-

(13) Artículo 1.º de la capitulación firmada en el propio campo de Ayacucho, el día 9 de diciembre de 1824.

nio José Sucre, elevado al «Libertador», Simón Bolívar, incluye en la lista de vencidos (y, consiguientemente, de entregados al ejército peruano) a los tenientes generales La Serna y Canterac, a cuatro mariscales, diez brigadieres, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, pero 2.000 soldados solamente (14).

Empieza luego el viaje de Bolívar. Aparatosamente recorre las ciudades que fueron tantos años españolas, y recibe aclamaciones y regalos de una multitud exaltada: la que siempre aplaude al vencedor. El 10 de mayo llegó a Arequipa; el 10 de junio, a Cuzco, etc. En todas partes *la ciudad le entrega un caballo enjaezado de oro* y *hay* torbellinos de *banquetes y de bailes* (15). *En las calles, brocados y coronas de laurel* (16). Y en plena gira triunfal se hallaba el gran Libertador de Venezuela, de Colombia, del Ecuador y del Perú, cuando Espartero llegó de la Península, dispuesto a tomar el mando que La Serna le otorgara.

☆

La nave francesa *Ange Gardien* fondeó en la rada de Quilca el día 4 de mayo de 1925. Casi cinco meses navegando, pues había salido de Burdeos el propio día en que perdimos la batalla de Ayacucho. De la anterior batalla de Junín, Espartero oiría rumores al tocar en Río Janeiro o en Buenos Aires. Mas no cabe poner en claro si llegó al puerto de Quilca en total ignorancia de lo ocurrido en Ayacucho o prefirió pensar que la victoria de Bolívar no sería decisiva y que aún podría incorporarse a una columna en que la bandera hispánica siguiera ondeando. Sólo puede aseguarse que ya en América —pisando tierra firme o a bordo de la nave— le fue comunicado que en el artículo segundo de la capitulación, firmada por don José de Canterac, se estipulaba, muy concretamente, que *todos y cualquier individuo del ejército español podría regresar a su país, y que sería de cuenta del Estado del Perú pagarle su pasaje, guardándole entre tanto la consideración debida y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que le correspondiera mensualmente, en tanto que estuviera en el Perú* (17). Mas lejos de encontrarse entre sus viejos enemigos, atendido en la citada forma, el mariscal de campo don Baldomero Espartero quedó inmediatamente aprisionado y procesado.

La causa tuvo resonancia. En relación a ella, es curioso consignar

---

(14) General Camba: *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú* (II, 385).

(15) Salvador de Madariaga: *Ob. cit.* (II, 334).

(16) Idem íd. (II, 335).

(17) Los términos de este artículo inducen a no rechazar íntegramente el supuesto, previo acuerdo entre ambos contendientes, de que nos habla Salvador de Madariaga.

el hecho de que al tiempo que Espartero se veía sometido a juicio y condenado, el capitán del *Ange Gardien* sufrió una suerte parecida. La resolución dictada en consecuencia del sumario incoado contra uno y otro, dice lo siguiente: *Resultando del sumario que a Mr. Pignonblanc, capitán de la fragata «Angel de la Guardia», no se le pudo ocultar la variación de nombre que se nota entre el que se halla a f. 17 del Rol, pues dice D. Fernando Baldomero, y los que se leen en el pasaporte de f. 23, expresando en el uno D. Joaquín Fernández* (18), *y en la firma Baldomero Joaquín Fernández; variación que debió obligar en el acto al capitán, si hubiera procedido imparcialmente, a hacer un mayor examen de ese español para no comprometer la neutralidad de la Nación Francesa (justamente respetada en sus derechos por este Gobierno); y mucho más cuanto en la Gaceta que vió en Burdeos D. Pedro Barreda, como lo declara a f. 36, se publicó que venía a estos puntos el referido brigadier español D. Baldomero Espartero, habiendo sido ese el motivo que tuvo Barreda, sin ningún otro antecedente, para conocerlo y saludarlo por tal, a lo que no se negó ni ocultó el Brigadier; quedando en este hecho una prueba clara de que así como fue conocido por el uno, debió necesariamente serlo por el otro, que estaba más obligado al reconocimiento y examen, y más con la circunstancia de que la publicación que se hizo en Burdeos, se halla confirmada con la gaceta inglesa que trajo la misma fragata «Angel de la Guardia», en la que se avisó que venía al Perú el brigadier general D. Baldomero Espartero con órdenes del Gobierno español; convenciéndose, pues, que todo eso que el capitán Pignonblanc conoció efectivamente al brigadier español cuando lo admitió a bordo de su fragata, y que de acuerdo con él afectaba no conocerlo; que en esa confianza no tuvo embarazo el brigadier para sacar en la línea sus uniformes bordados con el fin de que se asolearan sobre la cubierta, lo que de ningún modo hubiera hecho si por desconocido o disfrazado verdaderamente, hubiera tenido que temer lo descubriera el capitán. Y en consecuencia de todo se declara haber lugar según derecho a la detención de la fragata francesa «Angel de la Guardia», y al seguimiento de la causa conforme al artículo 12 del Reglamento de Presas, que son sus mismas palabras; y a retener al brigadier español D. Baldomero Espartero por prisionero de guerra, sujeto a lo que el Gobierno tenga a bien disponer.—Antonio G. de la Fuente.—Andrés Eguiluz.—Ante mí, Manuel Primo de Luque* (19).

(18) Espartero había viajado de Madrid a Irún y a Burdeos con pasaporte extendido en aquella capital, y de Burdeos al Perú con pasaporte del cónsul de España en dicha ciudad. Llegó a Quilca con un pasaporte en que decía Joaquín Fernández; pero en sus declaraciones firma «Baldomero», por delante.

(19) Debo la copia de este documento a la atención del teniente general don José Luis Montesino-Espartero Averly, actual duque de la Victoria.

Don Baldomero y Pignonblanc, general de nuestro ejército y capitán del *Ange Gardien,* respectivamente, se habían metido a fondo en la boca del lobo. Las andanzas del segundo no interesan a estos comentarios. Se portó perfectamente con nosotros, según los cánones reinantes. La Santa Alianza subsistía, y era lógico, no sólo que él llevara a término el recorrido señalado para su viaje, sino que aun se condujera caballerosamente con el que ya empezaba a ser un personaje en la Nación amiga. Las razones que el juez tenía para demostrar que el capitán del barco conocía a su ilustre pasajero son convincentes. No está tan claro, en cambio, el que dicho capitán hubiera de no aceptarlo a bordo si había pagado su pasaje, ni que el *Angel de la Guardia* tuviese que variar su itinerario al darse cuenta el capitán de que un mariscal de campo del ejército español con instrucciones de su Gobierno se hallaba bajo su férula camino del Perú. Según la historia, Espartero, en llegando a Quilca y al darse cuenta de que el país estaba ya perdido para España, destruyó lo más que pudo de la documentación que le comprometía; y esto es una prueba más de que el militar y el navegante se habían metido, según lo dicho, en plena boca del lobo.

El artículo segundo del armisticio firmado por Sucre y Canterac no salvó debidamente al general Espartero, sin duda a causa del prestigio que tenía. La Serna no hizo bien en elegirlo para el desempeño de la misión encomendada. Tan sólo consiguió que la derrota acelerara. No es lógico decir rotundamente que Espartero habría salvado la situación en Ayacucho; pero es, en cambio, muy probable que, presente en la batalla de Junín, todo se hubiera desarrollado en forma ventajosa para España. Junín no habría quedado reducido a un simple combate de vanguardias. Es más probable que los batallones españoles, llegando a tiempo e interviniendo eficazmente, evitaran la derrota. Para ello, Espartero hubiera puesto en juego su energía y su inteligencia.

Más nada de esto sucedió; y Ayacucho siguió a Junín, con poco intervalo. Los colombianos, los chilenos, los argentinos y unos cuantos peruanos salvaron al Perú de los peruanos que eran fieles a un monarca que no lo merecía y de unos cuantos jefes españoles que sin Espartero, ahí presente, flaquearon más de lo preciso.

Lo demás es conocido. Todas las historias detalladas y las biografías de Espartero nos refieren sus andanzas en calidad de preso, durante esos meses del Perú que fueron más tremendos que los de sus campaña militares y políticas (20). Desde una mazmorra, condenado

(20) José Segundo Flórez: *Espartero, historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos,* en cuatro volúmenes (Madrid, 1844). *Una Sociedad de ex milicianos de Madrid: Vida militar y política de Espartero,*

a muerte, pasó a la isla de Capachica; y, desde una cama, gravemente enfermo, fue llevado al hospital de San Juan. Para salvarlo, primero, del fusilamiento, y, más tarde, de la reclusión perpetua, sus amigos Seoane, Infante y González, hicieron lo posible y consiguieron su propósito. Eran amigos españoles. El primero, militar, fue capitán general de Cataluña y de Castilla la Nueva durante la regencia de Espartero; el segundo tuvo en su mano, en dicho período, la cartera de Gobernación; el tercero, únicamente, continuó fuera de España. Y no pretenda mi lector que yo le explique lo que hacían aquellos dos primeros en el Perú, después de la batalla de Ayacucho, porque no sabría explicárselo.

Viene, después, el famoso cuento de la preciosa dama a quien Espartero conocía de tiempos anteriores, y que logró del propio Bolívar, la cancelación de su condena y expedición del pasaporte necesario para regresar a España. Una fiesta de alto vuelo fue aprovechada por aquélla; mas nada se sabe sobre la forma en que el perdón fue concedido. No parecen muy de fiar los comentarios sobre las relaciones entre Bolívar y la guapa, ni el fundamento de su antigua admiración por Espartero. Lo único cierto es que a consecuencia de la fiesta, de la breve entrevista y de las razones ahora expuestas, Espartero quedó libre para alistarse en el pasaje de la fragata *Télégraphe*, que pronto iba a zarpar en dirección a España, con un núcleo de oficiales capitulados en Ayacucho; y es curioso el hecho de que nuestro invicto general quedara incluido en la lista citada, no habiendo estado en la batalla y aun habiendo sido condenado por razón de su presencia en el Perú.

Para salir de dudas, transcribo el propio contrato; curioso por lo expuesto y por las cláusulas que en él figuran, idénticas, sin duda, a las establecidas normalmente, tanto para los vencidos de Ayacucho, como para cuantos españoles o extranjeros se aventuraban, en la sazón aquélla, a realizar tan imponente viaje alrededor de Sudamérica y a través del Océano, en una nave de no más de cuatrocientas toneladas.

Dice así: «*Contrato que hace el Sr. general de los Ejércitos del Perú, D. Antonio Gutiérrez de la Fuente, Prefecto del departamento de Arequipa, con D. Bartolomé Roux, capitán y sobrecargo de la fragata francesa "Telégrafo"; anclada en el puerto de Quilca, para que*

---

en dos volúmenes (Madrid, 1844). D. J. M. DE V.: *Vida militar y política de don Baldomero Espartero* (Málaga, 1848-49). JUAN DEL NIDO: *Historia política y parlamentaria de S. A. don Baldomero Espartero* (Madrid, 1916). D. M. H. y D. J. T.: *Espartero, su vida militar, política, descriptiva y anecdótica* (Madrid, ?). Anónimo: *Hoja de servicios del Excmo. Sr. capitán general don Baldomero Espartero* (Logroño, 1852). CONDE DE ROMANONES: *Espartero, el general del pueblo* (Madrid, 1932). JOSÉ MARTÍNEZ VILLEGAS: *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez* (Madrid, ?).

transporte a su bordo a la Península (21) *a los oficiales y personas que constan en la lista acompañada a ésta, y a los que costea su transporte el Estado del Perú, conforme a las capitulaciones celebradas en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, a las relaciones que se han pasado sobre la materia y a los decretos superiores de fecha posterior, y en los que han intervenido el contador del Tesoro Público, el administrador de la Aduana y el juez diputado de Comercio, que firmarán también para constancia.*

»El capitán D. Bartolomé Roux queda obligado a tomar a bordo de la fragata a los oficiales y personas que constan en la expresada lista, y a tratarlos del modo siguiente:

»Cada oficial tendrá un catre adelante de la segunda cámara que estará común con la puente al entre-puente. La segunda cámara será reservada para las señoras y familia de los oficiales. Se reserva la primera cámara para el capitán, quien dispondrá de ésta como le convenga.

»Comerán en dos o tres mesas diferentes, siendo servidos todos igualmente.

»El capitán se consultará con el oficial de mayor graduación para la composición de cada mesa y para la distribución de los catres.

»Cada oficial tendrá que conformarse con el lugar que se le designe.

»Mientras permanezcan todos los pasajeros a bordo de la fragata, estarán a las órdenes del capitán, guardando armonía con los demás oficiales de la misma fragata, y no oponiéndose a las prevenciones que les hagan, pues sólo así se conservará el orden tan necesario, y que redundará en beneficio de los transportados.

»Les dará el capitán dos comidas diarias, una a las nueve de la mañana y otra a las cuatro de la tarde, compuestas, poco más o menos, de lo siguiente:

galletas a discreción,
un plato de arroz,
uno de legumbres secas,
uno de carne salada,
uno de carne fresca, mantecados o pescado,
dos onzas de queso cada día,
media botella de vino diaria,
una octava de botella de ron,
una taza de té en cada comida,
aceite, vinagre, pimienta y sal a discreción.

---

(21) El vocablo «Península» se ha utilizado siempre en nuestras islas adyacentes y en las antiguas posesiones de Ultramar, porque en unas y otras se parte (o se partía) del principio de que formaban parte de España misma. Es curioso, pues, en este documento, el mantenimiento de la voz citada.

»*Mandará al cocinero que prepare la comida de diferentes modos cada día.*

»*El capitán hará en el puerto de Quilca los víveres suficientes para que no haya escasez de ellos hasta el Río Janeyro, en donde los renovará para ir hasta Europa, dando parte a los interesados de la cantidad de que se provee.*

»*El capitán queda obligado a darse a la vela del puerto de Quilca al quince a más tardar del entrante mes de julio* (22).

»*La Prefectura, a nombre de la República, pagará al capitán cuatrocientos pesos por cada oficial, y doscientos por cada soldado; y les permitirá embarcar el importe total de este pasaje libre de todos derechos de exportación, en consideración a la regularidad de la entrada y buen trato que ha de* (dar) *a los pasajeros.*

»*Y siendo lo expresado bastante para el cumplimiento y para exigir al capitán en todo caso el que de su parte corresponde, se firman tres copias de un tenor: una para que obre en la Secretaría de la Prefectura; otra para entregarla al mariscal español D. Antonio María Alvarez, y la tercera para el mismo capitán, debiéndose mandar, como se mandará oportunamente, al Excmo. Sr. Libertador una copia certificada con la razón que le instruya de lo principal de esta materia. Arequipa, 22 de junio de 1825.*

»*Artículo adicional. El capitán no tocará en ningún puerto de América ocupado por los enemigos, quedando responsable si por su voluntad dirige la proa a alguno de ellos, y aunque hay satisfacción de que no lo hará, por fines particulares, para la formalidad de todo, se dejará una fianza de seguridad para responder del resultado. Fha, ut supra.*»

Firmado por: «*Antonio García de la Fuente*», «*B. Roux*», «*Fernando Pacheco*», «*Marios de Campos*» y «*Francisco Valdés de Velasco*».

A continuación se dice:

«*Con fcha. del día de hoy: Ante mí y en mi registro, don Santiago Le Bris ha otorgado escritura de fianza para responder por los cargos que le haga esta Prefatura a don Bartolomé Roux, capitán y sobrecargo de la fragata Telémaco anclada en Quilca y de próxima partida para España con escala al Río Janeyro; en cuya fragata conduce a los oficiales del Ejército Español capitulados en Ayacucho,* (por) *si acaso de su voluntad el referido capitán recala* (en) *algún* (puerto) *enemigo.—Areq.ª, julio seis de mil ochocientos veinte y cinco. Manuel Primo de Luque,* (...) *de Hazienda Pública.*»

---

(22) *Le Télégraphe* (o el *Telégrafo*), según quienes están en lo cierto, o el *Tigre* o el *Telémaco*, según los equivocados, se hizo a la mar el día 1 de agosto, y llegó a Burdeos a fines de noviembre.

Y, finalmente:

«*He recibido de los SS. administradores del Tesoro Público de este Departamento la cantidad de trece mil quatrocientos pesos por el transporte de veinte y siete oficiales y dos señoras a razón de quatrocientos pesos cada persona, y por el de ocho asistentes y una criada a doscientos pesos con arreglo a la anterior contrata. Y para que conste doy el presente al pie de cada una dellas en Arequipa, y julio nueve de mil ochocientos y veinte y cinco.—B. Roux*» (23).

Por su origen y por su fecha, este documento corresponde al viaje realizado por el general Espartero. Nótese, no obstante, que a bordo del *Télégraphe* sólo figuran oficiales procedentes de Ayacucho, apareciendo, entre ellos, como más antiguo, un brigadier, que, por su empleo, había de ser forzosamente más moderno que Espartero. Este error se debe al hecho de que la inclusión de don Baldomero en la relación establecida tuvo lugar cuando el contrato estaba ya firmado, o bien a que no habiendo estado el mismo en Ayacucho su presencia originara una situación embarazosa y la conveniencia de que don Antonio María Alvarez pasara como jefe de la pequeña expedición (24).

Espartero fue repatriado con los de la batalla sin haber intervenido en ella. En su consecuencia, sufrió, muy injustamente, el efecto de las ondas de Ayacucho, siempre tardías, siempre pesimistas. No fue el único. Fernando VII, influenciado por ellas, sintió poca afición hacia los «militares del Perú». Los consideraba «liberales», sin que su liberalidad tuviese más fundamento que el de la obediencia profesada a quienes antes fueron disciplinariamente liberales (25). En efecto, los juramentos se siguieron en pro y en contra de los principios; y, estando lejos de los centros que originaron cada cambio, era difícil comprender razones que no estaban suficientemente claras. Al tiempo que en España la política era causa de imponentes desafueros, encarcelamientos y castigos, encuentros y matanzas, contiendas inclusive..., en América la masa se amoldaba a unas disposiciones que llegaban siempre con varios meses de retraso. De derecha a izquierda, de izquierda a derecha, oscilaba el peso y el contrapeso. Los «militares del Perú» seguían las órdenes llegadas a destiempo. Estaban en lo justo o en plena falta, sin darse cuenta de ello. Las ondas fueron responsables. Mas cuando los diversos pasajeros del *Télegraphe* entraron en Es-

(23) En el archivo del actual duque de la Victoria existe una copia de este documento, escrito de puño y letra del propio Espartero.

(24) Entre los documentos que conserva el actual duque de la Victoria, figura, fechado en 12 de julio de 1825, un recibo del capitán del buque *Le Télégraphe* —valorado en 925 piastras— por un pasaje para Espartero desde Quilca a Burdeos, documento que confirma la suposición primera de nuestro texto.

(25) Es curioso recordar que, algo más tarde, llegó a decirse que los tres españoles más absolutistas eran Fernando VII, La Serna y Canterac.

paña, el acortamiento de tales ondas originó diversos cambios. De Ayacucho nadie se acordaba. La ideología imperaba sobre el esfuerzo personal de los soldados que perdieron la batalla, y Espartero, en plena corriente, fue destinado a Pamplona «de cuartel», y trasladado a Ciudad Real en semejante situación el 2 de mayo de 1828. Su carrera entró en la nueva fase, tan sólo transcurrido ese intervalo.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS
General Goded, 42
MADRID-4